



# EL CANTAR DE LOS CANTARES

por Pilar Fernández Rodríguez

Gentileza del Q.: H.: Víctor Manuel Guzmán ("El Universo de las Palabras")



El “Cantar de los Cantares” es un libro bíblico que, junto al “Eclesiastés” y “El Libro de los Proverbios” fue atribuido al rey Salomón, Hijo de David. El tema de esta obra es la alabanza del deseo erótico y la descripción de su deleite. Una especie de drama lírico en el que sus episodios se suceden sin solución de continuidad, como si de un sueño o de una visión se tratase.

Hay una voz masculina impaciente, exultante, cortejante, y una voz femenina, al mismo tiempo virginal y maliciosa. La mujer es oscura y hermosa, el hombre blanco y rubio. Las escenas transcurren en un jardín y en una ciudad amurallada, en la verde alcoba y en la montaña. Existe, además, un coro invisible de comentaristas: las mujeres de Jerusalén, los guardianes de las almenas o los sesenta valientes soldados que protegían el lecho de Salomón.

“El Cantar de los Cantares” es un texto bíblico, es verdad, pero en él, aparentemente, no se habla de Dios ni de la religión, además, ha sido modelo para la composición de la poesía amorosa en muchas culturas, tanto orientales como occidentales. Así lo comprobaremos al compararlo con “Los 50 Poemas del Amor furtivo” compuesto por el poeta Bilhana, oriundo de Cachemira, en el

**siglo XI y en la corte India occidental. Los ecos del Cantar llegaron también hasta la poesía mística española y a los versos de San Juan de la Cruz en “El Cántico Espiritual”.**

Pero, sigamos con el relato que inspiró “el más bello poema de amor de la historia de la literatura”, como también se ha definido al Cantar de los Cantares. Decíamos que se cree fue escrito por el rey Salomón, quien, según “El Libro de los Reyes”, tenía 700 esposas y 300 concubinas, era famoso por su sabiduría y también por su lascivia. Se piensa que “El Cantar de los Cantares” describe las bodas de Salomón con la hija del faraón o su encuentro amoroso con la mítica Reina de Saba, hermosa mujer de raza negra cuya belleza fue legendaria en su tiempo. Se dice que la reina africana le puso a prueba con un acertijo, como si de una especie de esfinge se tratase. Le dijo a Salomón: “Hay siete y entran nueve, dos producen bebida y uno bebe”. A lo que el rey judío respondió: “siete son los días de impureza de una mujer, nueve los meses de embarazo, dos los pechos que producen bebida y uno el niño que la bebe”, a lo que ella le contestó: “Eres sabio”.

(Información agregada por la dirección de la Cadena Fraternal: ¿Quién escribió “El Cantar de los Cantares”? La tradición judía considera a este libro como el único escrito por el rey Salomón y que tiene un sentido alegórico destinado a cantar loas a la relación entre el pueblo de Israel y su Dios. Esta opinión ha sido controvertida por aquellos que destacan que el nombre de Dios no figura en ninguna parte de su texto).

**(También)** A los padres de la Iglesia siempre les perturbó “El Cantar de los Cantares”, su carga erótica y su alabanza sin paliativos del goce amoroso, por eso le dieron interpretaciones místicas, describiéndolo como un texto sagrado que debía ser interpretado como una alegoría con un significado más profundo, de índole espiritual. Los intérpretes del Cantar, entre los que destaca Bernardo de Claraval, San Bernardo, ven al alma humana individual como la amada, atraída por Cristo que sería el amado del cantar. Los sacerdotes alegaban que el autor de esta obra había utilizado el lenguaje de la carne para que el hombre pudiera comprender el verdadero amor divino que está más allá de todo lo material.

Sea como fuere, los textos del “Cantar de los Cantares” han sabido mantener durante siglos su frescura y belleza originarias. Escuchemos algunos fragmentos: en el primero de ellos se describe el cuerpo de la amada de arriba abajo, comenzando por sus ojos y en el segundo de abajo arriba, iniciando el camino por sus pies. El último, por su parte, detalla los encantos del cuerpo masculino del amado.

#### Textos del Cantar de los Cantares

¡Qué hermosa eres amada mía, compañera mía,  
qué hermosa eres!  
Palomas son tus ojos,  
tu cabellos, como manada de cabras  
que descienden desde el monte Galaad.

Tus dientes, como manada de ovejas trasquiladas  
que suben del lavadero,

**todas con crías gemelas  
y ninguna entre ellas estéril.**

**Tus labios, como hijo de grana,  
Y tu habla, hermosa.**

**Tus mejillas, como pedazos de granada  
detrás de tu velo.**

**Tu cuello, como la torre de David,  
edificada para armería,  
mil escudos están colgados de ella,  
todos escudos de valientes.**

**Tus dos pechos, como cabritos gemelos de gacela  
apacentando entre los lirios**

**Hasta que apunte el día  
y huyan las sombras,  
iré a los montes de mirra  
y al collado del incienso.**

**Toda tú eres hermosa, amada mía,  
en ti no hay mancha.**

**Ven conmigo del Líbano, esposa mía,  
conmigo vendrás del Líbano:  
mirarás desde la cumbre de Amaná,  
desde las cumbres de Senir y de Hermón,  
desde las guardias de los leones,  
desde los montes de los leopardos.**

**¡Cuán hermosos son tus pies en las sandalias,  
oh hija de príncipes!**

**Los contornos de tus muslos son como joyas,  
obra de la mano de excelente maestro.**

**Tu ombligo, como una taza redonda  
a la que no le falta bebida.**

**Tu vientre, como montón de trigo  
cercado de lirios.**

**Tus dos pechos, como gemelos de gacela.  
Tu cuello, como torre de marfil;  
tus ojos, como los estanques de Esebón  
junto a la puerta de Baht-Rabbim.**

**Tu nariz, como la torre del Líbano,  
que mira hacia Damasco.**

**Tu cabeza encima de ti, como la grana  
y el cabello en tu cabeza  
como la púrpura del rey  
suspendida en los nudos de tus trenzas.**

**¡Qué hermosa eres, y cuán suave,  
oh amor deleitoso!**

Tu estatura es semejante a la palmera  
Y tus senos a los racimos.

Yo me dije: subiré a la palmera  
asiré sus ramas,  
y tus pechos serán ahora como racimos de vid  
y el olor de tu boca como de manzanas.

Tu paladar como el buen vino,  
que entra en el amado suavemente  
y hace hablar los labios de los viejos.

Mi amado es blanco y rubio,  
señalado entre diez mil.

Su cabeza, oro fino;  
sus cabellos, crespos, negros como el cuervo.

Sus ojos, como palomas  
junto a los arroyos de las aguas,  
que se lavan con leche  
y están cerca de la abundancia.

Sus mejillas, como una era de especias aromáticas,  
como flores;  
sus labios como lirios que destilan mirra fragante.

Sus manos, anillos de oro engastados en jacintos;  
su cuerpo, como claro marfil  
cubierto de zafiros.

Sus piernas, columnas de mármol  
fundadas sobre basas de oro fino;  
su porte, como el Líbano,  
escogido como los cedros.

Su paladar, dulcísimo,  
y todo él codiciable.

Tal es mi amado, tal es mi compañero,  
Oh doncellas de Jerusalén.